

lis, le cuadra más a Jenofonte que al propio Tucídides.

Ahora bien, Dover rebate con todo lujo de detalles la hipótesis de que la sección D sea de Jenofonte simplemente por el hecho de que contenga 77 palabras que no aparecen en el resto de la obra de Tucídides, mientras que 40 de ellas las encontramos en Jenofonte. Efectivamente, Dover, mediante varias calas, comprueba que lo mismo sucede en otras partes de la obra de Tucídides a las que nadie nunca tuvo por espúreas.

Por último, respecto a la continuación de Jenofonte de la tarea histórica emprendida por Tucídides, escribe Dover unas páginas (437-444) donde repasa el comienzo de las *Helénicas*, que recogen la guerra del Peloponeso allí donde la terminara repentinamente Tucídides en el 411 a.C. Es natural que Jenofonte, al relatar los años finales de tal guerra, estuviera bastante influido por el gusto de Tucídides, como advertimos en su método y lenguaje, pero las diferencias entre ambos historiadores siguen siendo, incluso en esta sección histórica, tan profundas, especialmente en lo referente a la disposición de los materiales, que no debe admitirse la teoría de que Jenofonte hubiera utilizado apuntes o materiales tucidideos para componer la historia de los años 411-404.

El volumen sigue con un cuadro cronológico desde el 421 al 411, unas *addenda*, e índices: general, de autores y pasajes y de términos griegos.

En conclusión, la obra reseñada es imprescindible para el filólogo y el historiador, y, asimismo, para todo el interesado especialmente en esos años cruciales de la Historia de Grecia.

JUAN ANTONIO LÓPEZ FÉREZ

J. PIGEAUD, *La maladie de l'âme*. Etude sur la relation de l'âme et du corps dans la tradition médico-philosophique antique, París, Les Belles Lettres, 1981, 590 págs.

El autor —estudioso desde hace años de diversos puntos médicos y filosóficos en Eurípides, Hipócrates, Epicuro y otros autores antiguos— ha intentado profundizar en la enfermedad del alma (psicopatología) a la luz de los textos de autores griegos y latinos, tratando el tema dentro de un amplio enfoque en el que entran por igual Literatura, Historia de la Medicina e Historia de la Filosofía, pues las dolencias del alma suponen, de un lado, la conciencia médica de la existencia de una afección especial, la anímica, y de otro, el postulado filosófico que acepta, o no, la realidad del alma. Es un campo interesante donde Filosofía y Medicina desempeñan al unísono el papel principal.

El *corpus* abarcado por Pigeaud comprende desde los escritos hipocráticos, Asclepiades de Bitinia, Galeno y Celio Aureliano por parte de los médicos, hasta los Presocráticos, Platón, Epicúreos y Estoicos. Lucrecio, Cicerón y Séneca ocupan un lugar relevante en su trabajo.

En el capítulo I (*La psicopatología de los médicos*, págs. 31-138), vemos la relación entre alma y cuerpo en ciertos tratados hipocráticos y galénicos, así como las enfermedades anímicas más relevantes desde el punto de vista de la tradición médico-filosófica. En este sentido la *Colección hipocrática* admite más de una lectura, pues, si *Sobre la enfermedad sagrada* 14-17 presenta una situación en que pensamiento y sentimiento están íntimamente unidos, de suerte que no se hace referencia al alma ni puede hablarse del dualismo cuerpo/alma en modo alguno, en cambio, en *Sobre los humores* 9 a cada manifestación del alma corresponde otra del cuerpo, lo que da a entender una interpretación dualista del ser humano.

A su vez, Galeno, en su tratado *Sobre que las costumbres del alma responden a los temperamentos del cuerpo* y en otros lugares de su obra, insiste en que las enfermedades del alma son realmente enfermedades del cuerpo. En correspondencia a los postulados platónicos, Galeno nos habla de tres almas: vegetativa, con asiento en el hígado; irascible, con sede en el corazón; y racional, localizada en el encéfalo.

Pues bien, a partir de Hipócrates y hasta nuestros días, varias afecciones han sido consideradas como específicas del alma: *frenitis*, *manía*, *melancolía* son, con mucho, las más destacadas. A nosotros nos interesa, sobre todo, saber qué postura adoptaron ante ellas los médicos, porque para ello han tenido que definirse respecto a la relación entre cuerpo y alma.

Así, la *frenitis* ha sido estudiada ininterrumpidamente desde Hipócrates hasta el siglo XIX. Tal enfermedad fue definida ya por Celio Aureliano como una alineación del espíritu, de evolución rápida, fiebre aguda, movimiento de las manos in objeto concreto, pulso imperceptible y rápido, etc. Asimismo, mereció toda la atención de Asclepiades de Bitinia que la entendía a manera de infarto de corpúsculos en las membranas del cerebro, con fiebre y alienación. Afecta por igual a la percepción y a la sensación. La mejor terapéutica es exponer los enfermos a la luz, para que comprueben el error a que se ven abocados por las imágenes que les facilitan sus sentidos enfermos.

La *manía* (*furor* en la terminología latina) es afección bien definida ya en los tratados hipocráticos, caracterizada por un comportamiento violento, gestos incoherentes, gritos y agitación general. Platón distingue dos clases: la de origen corporal y la causada por los dioses. Celio Aureliano, en fin, la trata por procedimientos alopáticos (*contraria contrariis curantur*): diálogo, lectura y teatro.

La *melancolía* es dolencia en que apa-

recen especialmente interpretados alma y cuerpo. El temperamento melancólico, que no aparece claramente definido hasta los escritos peripatéticos (*Problemas XXX*), si bien ciertas precisiones sobre la cuestión podemos encontrarlas ya en *Aforismos VI, 23*, está estrechamente vinculado con un estado general de tristeza y aversión hacia cosas queridas; no va acompañado de fiebre, pero sí de vómitos de bilis negra; la alternancia súbita de alegría y tristeza es un síntoma evidente de tal enfermedad. De numerosas citas de Celio Aureliano y Rufo vemos como rasgos definidores de quienes la sufren: delgadez, lividez, mala digestión acompañada de eructos nauseabundos, espasmos intestinales, vómitos de sustancias amarillas o negras, gusto por los lugares solitarios, aversión a la gente, etc.

Capítulo ciertamente notable es el segundo dedicado a los atomistas y la enfermedad del alma (págs. 141-242).

Epicuro, por un lado, cree en el carácter material del alma, pero sostiene asimismo la libertad y moralidad del individuo. Un hito importante dentro del panorama atomista es Asclepiades de Bitinia, que vivió entre los siglos II y I a. C. Para él, el cuerpo tiene una serie de canales o poros por donde circulan los elementos (*ónkoi*); la salud depende de la libre circulación de éstos; la enfermedad, de la obstrucción. Asclepiades dirige gran parte de sus postulados contra Hipócrates, ya que el mecanicismo, desde un punto de vista biológico, se opone radicalmente al vitalismo hipocrático. Asclepiades lo reduce todo a sensación y suprime de un plumazo la existencia de enfermedades del alma. En cambio, Lucrecio, del que se ha dicho insistentemente que fuera discípulo de Asclepiades, sostiene que hay enfermedades del cuerpo-alma, tales como delirio, letargo, embriaguez y epilepsia, así como otras típicamente anímicas: preocupación, pena, miedo y melancolía.

El Estoicismo y la enfermedad del al-

ma es el contenido del capítulo III (págs. 245-371). Son quizá los Estoicos quienes han reflexionado con más detenimiento en las afecciones específicas del alma, pero nos encontramos con graves problemas de autoría de pensamiento. Así Cicerón expone en las *Tusculanas* III y IV las teorías del estoico Crisipo, pero muy a su aire, pues echa mano también de postulados de Posidonio y de otros estoicos, sin mencionar sus fuentes. En Cicerón encontramos como sinónimos «furor» y «melancolía», aunque cabe hacer la precisión de que la melancolía sea una cólera profunda.

Crisipo, efectivamente, opinaba que no tenía sentido la oposición cuerpo/alma, y sostenía que el pensamiento y las pasiones nacen del corazón, pues era un monista a ultranza. En cambio, Cicerón es decidido dualista; precisamente en *Tusculanas* IV 10, 23 recurre al viejo tópico de la analogía entre enfermedades del alma y las referentes al cuerpo.

A su vez, Séneca es un caso singular, pues se muestra monista en sus tragedias, mas resulta dualista en algunas *Cartas a Lucilio*. En el tratado *Sobre la ira* se manifiesta también monista al estilo de Crisipo, y entiende la ira como una afección del alma. Profilaxis apropiada contra la cólera serían divertirse, oír música, mirar el color verde, los estudios agradables, evitar tanto el hambre como la sed, invertir los signos externos de la cólera, o sea, la inflamación de la mirada y la perturbación del rostro. En cambio, *Carta a Lucilio* 50 es un claro exponente de dualidad y analogía entre la salud del alma y la del cuerpo. El remedio corresponde al cuerpo, pero el alivio lo nota el alma. Médico y filósofo son los encargados de curar respectivamente las dolencias del cuerpo y del alma.

Lo trágico y la enfermedad del alma es el título del capítulo cuarto (págs. 375-439), que gira en torno a las *Medeas* de Eurípides y Séneca, y, asimismo, a

*Hércules loco y Hércules en el Eta* de Séneca. Si en la *Medea* eurípidea encontramos una situación paratáctica de la pena y la náusea, el *lógos* y la cólera, el cuerpo y el alma, la pasión y la razón, en consonancia con la medicina de su tiempo, de tal suerte que la protagonista, al matar a su hijos, se ve dominada por una enfermedad del cuerpo y otra del alma, en Séneca, en cambio, prevalece el enfoque unitario, monista, de lo visceral y lo racional, con gran atención a la exteriorización de la cólera y locura.

La eutimia (*euthymie*) y el conocimiento y curación de la enfermedad del alma forma el contenido del capítulo quinto (págs. 443-521). La eutimia ya aparece en Demócrito como el comportamiento típico de un ser tranquilo, sosegado. Tiene amplia repercusión en la literatura posterior. Por ejemplo, *Problemas XXX* del *corpus* aristotélico y la *Carta a Damageto*, que es la número 17 de las *Epistolas Pseudohipocráticas* tal como las recoge E. Littré (*Oeuvres complètes d'Hippocrate*, Paris, 1839-1861, vol. IX) tuvieron gran influencia en el *Examen de ingenios para las ciencias* de J. Huarte de San Juan (Baeza, 1575 1ª), obra de notable repercusión en la literatura europea. Efectivamente, en la *Carta a Damageto*, entre claras resonancias del *Fedro* platónico, se nos presenta varias características de los melancólicos: son seres taciturnos, solitarios, amantes de lugares apartados, huyen de los hombres. Signos de la pretendida enfermedad mental de Demócrito, tal como nos aparece en dicha Carta, serían: el olvido, insomnio, los temas a que se dedica —estudio del infierno y del canto de los pájaros—, color de su rostro, reírse de todo, etc. Pero precisamente como argumento de la salud del filósofo vemos que, a la sazón, estaba escribiendo un libro sobre la locura, y que la risa es para él un remedio evidente contra los trastornos mentales (asunto éste que fuera estudiado por mí en «Semblanza de Demócrito», *Anuario de Filología*, Facultad

de Filología, Universidad de Barcelona, 1975, págs. 43-49).

La importancia del uso moderado del vino para la conservación de la eutimia, y, especialmente, los efectos de tal bebida en contraposición a la melancolía ocupan las siguientes páginas de Pigeaud, con abundantes citas de Hipócrates, Platón, Galeno, Rufo de Efeso y Séneca.

Y bien, de seguir el planteamiento de los médicos, hemos de concluir que no existen enfermedades del alma, pues todas las afecciones tienen, según ellos, un origen somático; en cambio, las dolencias del alma son una creación de moralistas y filósofos. No obstante, a lo largo de la tradición literaria, filosófica y médica pueden verse muchos casos difíciles de encasillar: así, la *mania* que encontramos en los textos de Platón y la pasión que hallamos en los tratados estoicos son afecciones del alma, sí, pero en la medida en que está íntimamente ligada al cuerpo.

Cierra este libro (págs. 543-566) una bibliografía de autores antiguos, otra de comentarios y estudios manejados; índices de pasajes, nombres y conceptos, más otro general.

En resumen, un trabajo interesante y fecundo, quizá de demasiada amplitud, pero que puede servir de ayuda notable a la lectura de los poetas, médicos y filósofos griegos y latinos preocupados por los problemas relativos a las afecciones anímicas!

JUAN ANTONIO LÓPEZ FÉREZ

H. R. RAWLINGS, *The Structure of Thucydides History*, Princeton University Press, 1981, XIX + 279 págs.

El autor se propone demostrar cómo Tucídides, aparte de genial narrador, es un depurado artista en la distribución y

ordenación de su obra. En la estructura de una obra histórica hay, al menos, tres elementos decisivos: la selección de los datos, el énfasis dado a los mismos, tal como se refleja en la forma de exponerlos, y, por último, la distribución de los sucesos. Tucídides es un maestro consumado en los recursos literarios y artísticos de su época. No es de extrañar que se haya comparado repetidamente su obra con una tragedia a la manera sofoclea. Pero el lector ha de estar siempre atento; su participación en la acción dramática es necesaria; ha de percatarse de los hechos, pero también de la intención con que los escribe el historiador, buceando en los entresijos de la obra literaria, lo cual no siempre es fácil, pues Tucídides, es, quizá, el ejemplo más conspicuo de tensión constante entre forma y contenido. Efectivamente, gusta de lo inesperado (*parálogon*) y de lo irónico; usa analogías formales para expresar diferentes contenidos. Así, por citar un ejemplo, tenemos episodios dramáticos bajo las más variadas formas: como narrativa detallada (la peste, la guerra de Corcira...); como diálogo anecdótico (el desastre de Ambracia); como diálogo formal (diálogo de los melios, diálogo entre platenses y Arquidamo...); diálogo indirecto (el detenido espartano y su interrogatorio en IV 40,2); un discurso (primer discurso de Pericles; el Epitafio; el discurso de los mitilenios en Olimpia...); parejas de discursos enfrentados; una conferencia consistente en varios discursos (Esparta I,68-86; Siracusa VI 33-41), etc.

Rawlings trata de ver cómo divide Tucídides su historia en tres partes: una primera guerra de diez años; una paz inestable de siete años; una segunda guerra de diez años también. Así, los libros I y VI sirven de introducción respectiva a cada uno de los dos períodos bélicos (págs. 58-125). Tales introducciones, especialmente la del libro I, le permiten al historiador una gran libertad de composición de los materiales.